

## Sueño, aventura y realidad del proceso de integración europea

Antonio MORENO JUSTE

Universidad Complutense de Madrid

Stephan Auer ha comparado recientemente a la Unión Europea con la novela *El Gran Gatsby* de F. Scott Fitzgerald. Para Auer, tanto Gatsby como la Unión Europea son esencialmente insaciables, y como Gatsby en el *American Jazz Age* de los veinte, los europeos se acostumbraron a vivir en un mundo en el que todo parecía posible; sin embargo, ese sueño, al igual que la idea de amor imperecedero de Gatsby al final de la novela, parecen estar hoy en ruinas<sup>1</sup>. La figura con seguridad es exagerada, pero ilustra bastante bien la situación del debate europeo en la actualidad, y sobre todo la forma en que se ha oscurecido la cultura del optimismo propia del sueño europeo surgido de la posguerra mundial ante la crisis económica y el riesgo de desintegración institucional<sup>2</sup>.

Pero más allá de la tendencia a reinterpretar la historia de Europa desde 1945 a la luz de la situación actual, lo cierto es que Europa debe asociarse al resultado de la dialéctica establecida entre cultura, espiritualidad y política, pero también economía<sup>3</sup>. Un conjunto de interacciones de la que emerge ese acervo de paradojas y contradicciones que se identifican con la Unión Europea y que quizás, la principal, sea que hoy la integración europea parece más un camino a recorrer –o ya recorrido– que un punto de destino. De hecho, su historia, tampoco puede reducirse a un único pasado: Europa no es un país, no es un pueblo, no es una nación ni tiene unas fronteras precisas, y por tanto su historia no puede escribirse como una unidad (política, pero no sólo política) o tan solo como el proceso hacia su unidad; ni siquiera es posible definirla como un espacio cerrado cuya evolución puede ser registrada desde un momento histórico concreto hasta el presente, aunque tampoco podemos pretender escribir esa historia como el surgimiento de una cultura o un lenguaje, sino como la de muchos<sup>4</sup>. Es más, cada generación de europeos ha interpretado tanto la construcción europea como la misma historia de Europa con diferentes acentos y variedad de matices desde 1945<sup>5</sup>.

Quizás por ello, la historia no ha escapado a los debates que se desarrollan en ese fragmentado espacio público en que ha devenido Europa en los últimos veinte años,

---

1. “The end of the European Dream. What future for Europe’s constrained democracy?” en *Eurozine*, 03/2013 (<<http://www.eurozine.com/pdf/2013-02-22-auer-en.pdf> >, consultado 3-11-2014) Auer opina que el deterioro de las circunstancias materiales significa que las élites europeas tienen tantas posibilidades de reavivar el apoyo popular para su proyecto federalista de unos Estados Unidos de Europa como Gatsby tenía para volver a vivir su primer amor: ninguno.

2. Kiran Klaus PATEL (ed.), *The Cultural Politics of Europe: Capitals of Culture and the Integration of Europe since the 1980s*, Houndmills, Routledge, 2013.

3. Vid. este argumento en Anthony GIDDENS, que está radicalmente en contra del argumento de AUER: en su opinión, dada que la crisis es sistémica, la solución en Europa debe venir del federalismo, pero no considerado como encarnación de un superpoder, sino todo lo contrario, como una devolución de los mismos (*Turbulent and mighty continent. What future for Europe*, Cambridge, Polity Press, 2014).

4. Gerard DELANTY, *Formations of European Modernity: a Historical and Political Sociology of Europe*, Basingstoke, Palgrave-MacMillan, 2013.

5. Jean-Michel GUIEU (ed.), *Penser et construire l’Europe au XXe siècle, Historiographie, Bibliographie, Enjeux*, Paris, Belin, 2007.



y muchas de sus derivadas tienen en efecto sólo sentido en contextos nacionales de consumo interno<sup>6</sup>, pero históricamente adquiere cierto sentido si se considera desde el punto de vista de una *construcción* imprevista. Una construcción que, como afirma Bartolomé Yun, significa que el historiador escruta en su pasado e identifica variables que le permiten construir una realidad compleja y contradictoria, aunque articulada<sup>7</sup>. No hay una sola historia de Europa, sino muchas historias de Europa, y diferentes.

Lo cierto es que Europa resulta un término de compleja semántica que genera cierta confusión cuando se introduce la idea de Europa como proyecto político<sup>8</sup> –la construcción europea– y se considera el papel de los historiadores en relación con los debates sobre el proyecto europeo desde la inmediata posguerra mundial, sobre todo en tiempos como los actuales, en que el gran desconcierto parece presidirlo todo. A este respecto, Paul Ricœur hablaba de la necesidad de distinguir dos tipos de historia del tiempo presente: la historia de un pasado reciente que comporta un punto y final (la Segunda Guerra Mundial, los imperios coloniales, el mundo comunista), aunque los efectos de la memoria hacen que no se diluyan<sup>9</sup>, y una historia del tiempo presente no cerrada y de la que no se ha dicho la última palabra. La historia de la construcción europea, en nuestra opinión, formaría parte de la segunda categoría con todos los riesgos y ventajas que ello comporta.

El problema reside actualmente en que la historia europea de posguerra ha sido un período de progreso genuino en el que la integración económica y política de Europa ha desempeñado un gran papel, tanto en el logro de la paz como en el de la prosperidad, y por supuesto en la formación de la Europa tolerante y democrática que conocemos. Una historia de éxito que en cierto modo queda empañada si la miramos sólo desde el presente.

No resulta pues, ninguna novedad afirmar que se confrontan básicamente dos relatos sobre Europa. Uno es de carácter canónico y recoge el abanico de las tesis clásicas sobre el origen de la integración europea, desde las tesis federalistas sobre la influencia de los movimientos europeístas<sup>10</sup> hasta la idea ampliamente difundida de que el proyecto europeo de posguerra no fue otra cosa que un rescate de los Estados-nación europeos, agotados por dos contiendas mundiales y desbordados por las demandas de sus ciudadanos en un contexto especialmente hostil como fue el de la segunda posguerra mundial<sup>11</sup>. El mortero de estos discursos es *la idea de que la Unión Europea surge como solución a los problemas de gobierno*, y en especial los de carácter económico.

---

6. Al respecto, *vid.* Antonio MORENO JUSTE, “Proyecto europeo, espacio público e historia de la integración europea. Notas para un debate” en *Ayer*, n. 77 (2010) pp. 21-54. Asimismo interesa la lectura de Robert FRANK, Hartmut KAELBLE, Marie-Françoise LEVY y Luisa PASSERINI (eds.), *Building a European Public Sphere*, Berna-Berlín-Nueva York-Oxford, Peter Lang, 2010, y Jan-Henrik MEYER, *The European Public Sphere. Media and Transnational Communication in European Integration 1969-1991*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2010.

7. “Escribir la historia de Europa en el siglo XX” *El País*, 1-03-2014.

8. Existe un cierto consenso a la hora de considerar la construcción europea como un proyecto político por el cual los ciudadanos de diferentes países europeos construyen juntos un proyecto y libremente un sistema y una comunidad política, o si se prefiere un régimen político. *Vid.* Luuk VAN MIDDELAAR, *El paso hacia Europa*, Barcelona, Galaxia-Gutenberg, 2013, pp. 15-27.

9. *Ecrire l'histoire du temps présent*, Paris, CNRS Éditions, 1993, pp. 38-39

10. Walter LIPGENS, *A History of European Integration, vol. 1, 1945-47*, Oxford, Clarendon Press, 1982.

11. Sobre su clásica tesis, *vid.* MILLWARD, *The European Rescue...*

Precisamente, este hecho de la recuperación económica y la bonanza que le siguió en las décadas siguientes permitieron la identificación entre *integración europea* y *modelo europeo* al integrarse en su relato el corolario de paz y democracia junto al progreso económico y social. Desde esa perspectiva, la integración europea<sup>12</sup>, fue producto de la estrecha relación establecida entre la búsqueda de un gran consenso social entorno a valores democráticos y la aparición de unos proyectos que implicaban necesariamente cesiones de soberanía nacional a unas nuevas entidades supranacionales<sup>13</sup>. Según esta narrativa, las Comunidades Europeas pudieron iniciar su andadura, entre otras razones, porque la búsqueda de la estabilidad democrática, tanto desde una perspectiva nacional como internacional, era una necesidad imperiosa para los países de la Europa Occidental. El presupuesto fundamental del modelo político en construcción, los principios democráticos, permitió en suma la formación de un núcleo a partir de la integración de varios países clave<sup>14</sup>. En consecuencia, el fin de las Comunidades Europeas no sería otro que aportar seguridad: se trataba de eliminar cualquier riesgo de una nueva *guerra civil* en Europa<sup>15</sup> y favorecer un crecimiento más rápido, un nivel de vida más elevado y un mayor bienestar social en un contexto marcado por las reglas de un conflicto bipolar en el que Europa era su frente central<sup>16</sup>.

Existe un segundo relato con vocación de alternativa, que incide en *la idea de Europa como problema en sí mismo, como un problema de base que debe solucionarse*, no tanto porque haya dejado de ser un instrumento funcional para los Estados, sino porque afecta a la legitimidad del mismo modelo europeo y del sistema económico, político y social sobre el que se asienta<sup>17</sup>. Esta narrativa surgida al calor de la crisis va más allá de los tradicionales discursos *euroescépticos* más o menos britanizados<sup>18</sup>, recogiendo las críticas sobre los déficits democráticos existentes en las instituciones

12. Vid. Harmut KAELBLE, *Caminos hacia la democracia. Los déficits democráticos de la Unión Europea*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.

13. Dentro de esta narrativa, deben considerarse también aquellas ideas que plantean una modernización del relato atendiendo a una interpretación totalizadora y multifactorial como modelo capaz de explicar la integración europea más allá de los intereses de los actores supranacionales y nacionales, y abierto a la influencia e interacción con otros procesos y tendencias regionales o globales. Entre ellas destaca la visión de Wilfried LOTH sobre las cuatro fuerzas impulsoras del proceso de integración: la paz; la cuestión alemana; la globalización económica; y la pérdida de poder e influencia internacionales: “Explaining European Integration: The Contribution from Historians”, *Journal of European Integration History*, vol. 2, nº 14 (2008), pp. 9-26.

14. El ejemplo por antonomasia es Italia. Vid. Antonio VARSORI, *La Cenerentola d’Europa. L’Italia e l’Integrazione Europea dal 1947 a Oggi*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2010. VARSORI argumenta por ejemplo que el apoyo acrítico de los italianos a la integración europea se deriva de su papel fundamental en el desarrollo del país. Una percepción que también se haya presentes en el caso español o en el caso griego. Sobre este último país, vid. Kevin FEATHERSTONE (ed.), *Europe in Modern Greek History*, Londres, C. Hurst & Co. (Publishers) Ltd., 2014.

15. Enzo TRAVERSO, *A sangre y fuego: de la guerra civil europea (1914-1945)*. Valencia, Universitat de València. Servei de Publicacions, 2009.

16., Christopher HILL, “What is to be Done? Foreign Policy as a Site for Political Action”, *International Affairs*, vol. 79, n. 2 (2003). pp. 233–255. Sobre el impacto del contexto internacional en el proceso de construcción europea, vid. Christopher HILL y Michael SMITH (eds.) *International Relations and the European Union*, Oxford University Press, 2005.

17. Un buen planteamiento de los planteamientos escépticos, realizado por un historiador se encuentra en el capítulo final de Perry ANDERSON, *El nuevo viejo mundo*, Madrid, Akal, 2012. pp. 513-554

18. Vid., entre otros muchos, Larry SIEDENTOP, *La democracia en Europa*, Madrid, Siglo XXI, 2001.



europas y su proceso de toma de decisiones surgidas desde los años setenta<sup>19</sup>. Críticas a las que se ha unido a lo largo de última década el rechazo al crecimiento desmedido de las desigualdades sociales y la actual deriva del proceso de integración que ponen en riesgo muchos de los logros europeos, y que son también defendidas desde sectores del europeísmo más crítico con las posiciones oficiales de las instituciones comunitarias<sup>20</sup>.

Ciertamente, la crisis en el que nos encontramos desde 2008 y sus secuelas (las dudas sobre la *zona euro*, el sobreendeudamiento de los países del Sur, la amenaza en su momento de colapso institucional...), han contribuido indudablemente a consolidar importantes transformaciones en la imagen y el relato sobre la construcción europea<sup>21</sup>, introduciendo en la agenda europea la idea de divorcio entre *Bruselas* y la ciudadanía europea<sup>22</sup>. Unos cambios que, por otra parte, vienen a coincidir con el regreso de una forma de hacer historia de Europa más centrada en el conflicto, y especialmente en la dicotomía ganadores-perdedores y menos en una historia de matriz cultural que prioriza la diversidad como principal valor europeo.

Parafraseando a Marx, podría afirmarse que hoy, casi ciento ochenta años después del *Manifiesto Comunista*, un nuevo fantasma recorre Europa, el fantasma de la crisis, y Europa ha vivido sus peores momentos desde la Segunda Guerra Mundial. O por expresarlo en otros términos seguimos viviendo en *tiempos revolucionarios*, aunque sin revolución y sin sujeto revolucionario.

### El relato europeo de posguerra

Durante varias generaciones, los historiadores han retratado habitualmente la *construcción europea* como la historia de un éxito sin precedentes, como un *relato* en el que con diferentes variantes se ha venido narrando el avance y la expansión del proceso de integración, primero de seis a nueve países, después a doce, luego a quince, y hoy, a los actuales veintiocho Estados miembros de la Unión Europea<sup>23</sup>. Un proyecto en el que

---

19. Entre otros, Johann GALTUNG, *La Comunidad Europea: una superpotencia en marcha*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1973; Jürgen HABERMAS, *Tiempo de transiciones*, Madrid, Trotta, 2004; Joseph WEILER, Ulrich HALTERN y Franz MAYER, "European Democracy and its Critique: Five Uneasy Pieces", European University Institute, Florence. *EUI Working Paper RSC 95/11*, 1995.

20. *Vid.*, por ejemplo Jean-Claude PIRIS, *The future of Europe towards a Two-Speed EU?*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012, y más recientemente, Thomas PICKETTY, *Capital in the twenty-first century*, Cambridge (MA), The Belknap Press of Harvard University Press, 2014 (ed. en español FCE, 2014).

21. Antonio MORENO JUSTE, "El fin del relato europeo: la crisis del proceso de integración y sus impacto sobre las narrativas europeas", *Revista de Derecho Comunitario Europeo*, n. 45 (2013).

22. En los *Eurobarómetros* realizados en relación con las elecciones al Parlamento Europeo de mayo de 2009 y mayo de 2014 puede observarse el impacto de la crisis en el deterioro del respaldo y la identificación de los europeos con el proceso de construcción europea y las instituciones comunitarias. *Vid. Estudio postelectoral 2014. Elecciones Europeas de 2014. Síntesis analítica*, octubre 2014 y EB71.3 *Elecciones Europeas 2009. Encuesta postelectoral. Primeros resultados: media europea y principales tendencias nacionales*, julio 2009. <[http://www.europarl.europa.eu/pdf/eurobarometre/2014/post/post\\_2014\\_survey\\_analitical\\_overview\\_es.pdf](http://www.europarl.europa.eu/pdf/eurobarometre/2014/post/post_2014_survey_analitical_overview_es.pdf)> y <[http://www.europarl.es/resource/static/files/encuesta\\_postelectoral.pdf](http://www.europarl.es/resource/static/files/encuesta_postelectoral.pdf)> (Consultados 30-10-2014), respectivamente.

23. Wolfram KAISER, "From Isolation to Centrality: Contemporary History meets European Studies", en Wolfram KAISER y Antonio VARSORI (eds.), *European Union History. Themes and Debates*, Londres, Palgrave Macmillan, 2010. pp. 45-65.

nos habíamos embarcado los europeos de la segunda mitad del siglo XX al intentar construir una Unión que superase los Estados nacionales<sup>24</sup>, a juicio de muchos “el único proyecto realmente utópico y apasionante de las últimas décadas”<sup>25</sup>.

El origen de ese sueño, de ese *relato europeo* –una *christmas story* a juicio de Jost Dülffer<sup>26</sup>–, se encontraría en el discurso de una gran mayoría de políticos y publicistas que han presentado desde los años cincuenta a la construcción europea como una historia ejemplar que ha convertido a antiguos enemigos en socios, unido políticamente a todo un continente, y estimulado paralelamente la acumulación y redistribución de riqueza. Un relato que permitió presentar a *Europa* y su proceso de integración a través de lo que Jeremy Rifkin calificó a inicios de la década pasada como “el sueño europeo”<sup>27</sup>. O dicho de otra manera, un continente de paz que se construye a través del proceso de integración, un modelo político y social y un poderoso referente económico y cultural para el conjunto de países europeos que no participaron en las primeras fases del proceso de construcción europea primero, y después, para el resto del mundo<sup>28</sup>. Una narrativa, en suma, que se construyó necesariamente con la complacencia de muchos científicos sociales, y también con la militancia y vocación europeísta de muchos historiadores, hasta el extremo que parte de las interpretaciones al uso parecen hoy haber estado más cerca –y aún lo están en ciertos ámbitos– del relato mitológico que de un riguroso análisis que alejen a su historia de aproximaciones teleológicas, identitarias o idealistas, como afirman Hagen Schulz-Forberg y Bo Strath<sup>29</sup>.

No obstante, para muchos historiadores esta crítica resulta un tanto excesiva. Mark F. Gilbert<sup>30</sup>, por ejemplo, considera que la historiografía, y especialmente la historiografía oficial de la Unión Europea, ha sido demasiado propensa a relatar este período de la historia europea desde una perspectiva *whig*, en la que determinadas políticas, instituciones y protagonistas –esencialmente los que están estrechamente vinculados con el proyecto europeo– se consideran *progresistas*, mientras que sus



24. Sobre este particular, *vid.* Stefano BARTOLINI, *Reestructuring Europe. Centre formation, system building and political structuring between the nation-state and the European Union*, Oxford, Oxford University Press, 2005.

25. Sin embargo, como afirma Sylvain KAHN, la utopía europea no supone un rebasamiento del Estado-nación europeo: es la matriz de su transformación en un período de debilitamiento brutal de su conjunto y de su influencia en el espacio mundial (*Histoire de la construction de l'Europe depuis 1945*, Paris, PUF, 2011, pp 291-292).

26. “The Balance of Historiography. The History of European Integration: from Integration History to the History of Integrated Europe” en Wilfried LOTH (ed.), *Experiencing Europe. 50 Years of European Construction 1957-2007*, Bruselas, Nomos, 2008, pp. 17-32.

27. Concretamente, *El sueño europeo. Cómo la visión europea del futuro está eclipsando el sueño americano*, Barcelona Paidós, 2004.

28. Para una crítica a estos argumentos y al modelo europeo en clave neoliberal, John GILLINGHAM, “The end of the European Dream”, en Hubert ZIMMERMANN y Andreas DÜR (eds.), *Key Controversies in European Integration*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2012. pp. 19-31.

29. Esos autores han argumentado recientemente que la historiografía sobre la integración europea (y Bruselas en sí misma) han sido esclavos de planteamientos teleológicos y han retratado a la UE como un “goal-driven project that is taking, as if by nature, automatic steps towards ever tighter integration and ever-higher Europeanness” (*The Political History of European Integrations. The hypocrisy of democracy-through-market*, Londres-Nueva York, Routledge, 2012. p. xi).

30. “The EU crisis in historical perspective”, en John Erik FOSSUM y Agustín José MENÉNDEZ (eds.), *The European Union in Crises or the European Union as Crises?* Centre for European Studies. University of Oslo, ARENA, report, n° 2/14. Mayo 2014. pp. 187-210.



opositores y críticos a los desarrollos oficiales son condenados como *reaccionarios*. Por supuesto, todos los *avances* en el proceso de integración son atribuidos a los *progresistas* y todos los momentos de crisis a las acciones impulsadas por los críticos (*reaccionarios*), cuando en realidad esto no es tan evidente. De hecho, para Gilbert, si se observa con atención la evolución del proceso de integración y se considerase el papel de los actores políticos, convendríamos en que en varias ocasiones se ha estado al borde del desastre por las acciones de sus más fervientes partidarios, al tiempo que se ha preferido ignorar que muchas de las acciones de los grandes líderes del proceso de integración no tenían otro objeto que proteger los intereses de los Estados nacionales a los que representaban<sup>31</sup>.

Lo cierto es que, desde esta perspectiva, la actual Unión Europea no sería otra cosa que el resultado de una prolongada y recurrente batalla de ideas y voluntades, no el desarrollo gradual y prevalente de un ideal, tal y como se ha presentado habitualmente por el discurso oficial de las instituciones comunitarias y que a menudo ha considerado antieuropeísta y *euroescéptico* todo lo demás. En cualquier caso, este discurso comenzó a ponerse en evidencia en los años noventa por la literatura especializada<sup>32</sup>, proyectándose desde entonces una imagen mucho menos poética de la construcción europea, imagen que en los últimos tiempos ha comenzado a calar en importantes sectores de la ciudadanía. Ciertamente, si hubo un tiempo en que la *unidad de Europa*, concebida como *comunidad*, tuvo un ilusionante atractivo, dicha ilusión común es necesario reconocer que, cuando menos, ha decaído desde entonces<sup>33</sup>.

Para los europeos que vivieron la Segunda Guerra Mundial, la construcción europea representó durante décadas las ideas de paz, solidaridad y reconciliación. Posteriormente, aquellos que vivieron dictaduras durante la segunda mitad del siglo XX sintieron que esa Europa representaba el ideal de la democracia, progreso económico y modernidad social<sup>34</sup>. Hoy, sin embargo, no es fácil percibir esos valores o al menos la Unión Europea no parece ofrecer ningún proyecto político de futuro a la ciudadanía europea, y en consecuencia no hay una narrativa que pueda captar la atención de las nuevas generaciones<sup>35</sup>: las amables imágenes que sugerían el nacimiento de una Europa como representación de los valores de paz, solidaridad, reconciliación o democratización parecen haber quedado superadas en el imaginario colectivo de muchos europeos<sup>36</sup>.

134

---

31. Piénsese en cuestiones clave como el fracaso de la Comunidad Europea de Defensa en los 50, la crisis de la *silla vacía* en los 60, la *euroesclerosis* de los 70, la Cooperación Política Europea en los 80, el Tratado de Maastricht y la unificación alemana en los 90, la ampliación hacia el Este o la creación del euro en este siglo, por no mencionar el fracaso del Tratado Constitucional entre otros posibles ejemplos.

32. Un buen resumen de esas posiciones en Katja SEIDEL, "From Pioneer Work to Refinement: Publication Trends", en KAISER y VARSORI, *European Union History...*, pp. 26-44.

33. Vid. por ejemplo Paul TAYLOR, *The End of European Integration: Anti-Europeanism Examined*, Londres, Routledge, 2008.

34. Daniel C. THOMAS, "Constitutionalization through enlargement: the contested origins of the EU's democratic identity", *Journal of European Public Policy*, Vol. 13, n. 8, (2006), pp. 1.197-1.201.

35. Mark GILBERT, "Narrating the Process. Questioning the Progressive Story of European Integration", *Journal of Common Market Studies*, n. 46 (2008), pp. 641-662.

36. Wolfram KAISER, "No New DIN-norm, Please: Narrating Contemporary European History", en Odile CHENAL y Bas SNELDERS (eds.), *Remappings. The Making of European Narratives*, Amsterdam, European Cultural Foundation, 2012. pp. 75-83.

Sin embargo, el declive no es achacable únicamente a los efectos de la crisis financiera iniciada en 2007 –como se ha presentado desde las instituciones europeas de forma reiterada–, sino que es resultado también de ciertas debilidades estructurales del modelo europeo acumuladas a lo largo de las tres últimas décadas –y a las que por cierto no son totalmente ajenas algunas decisiones y políticas adoptadas/impulsadas por la Unión Europea–, y que ayudan a explicar la gravedad, profundidad e intensidad de la *depresión económica* en Europa<sup>37</sup>. Según Giandomenico Majone<sup>38</sup>, son cuatro los elementos a considerar en esta dirección: en primer lugar, *la debilidad del crecimiento económico a partir de los años setenta* frente al crecimiento sostenido en torno al 3% anual de los *treinta gloriosos* propició una acumulación de tensiones sociales y económicas. En segundo lugar, *las malas prácticas de las instituciones financieras*: los bajos niveles de crecimiento económico real fomentaron la búsqueda de una fuente de *crecimiento* alternativo, que no acabó siendo otra cosa que un exponencial desarrollo de los servicios financieros y en realidad condujo a un enorme espejismo, ya que impulsaron una economía caracterizada por una creación frenética de riqueza ficticia. En tercer lugar, *la crisis fiscal*: la liberalización de los movimientos de capital en los años ochenta socavó progresivamente la capacidad del Estado para conocer el nivel de ingresos y la riqueza real de muchos contribuyentes, cuya actividad se fue convirtiendo cada vez más opaca como consecuencia de la lógica desreguladora, consustancial a los procesos de liberalización económica. Y en cuarto lugar, *el déficit de gobernanza económica*: los tradicionales instrumentos de política macroeconómica se volvieron inoperantes por los cambios estructurales en la economía mundial a partir del hundimiento del sistema de Bretton Woods 1971, o simplemente, fueron abandonados en nombre de la *self stabilising*, como de hecho ocurrió con la Unión Económica y Monetaria.

Estas debilidades estructurales, por supuesto –conviene no olvidarlo–, vinieron de la mano de un notable incremento de las actividades económicas transnacionales que junto al afán desregulador han acabado poniendo al Estado-nación contra las cuerdas ya que progresivamente desde la crisis de los años setenta ha perdido el control de la economía y carece de los instrumentos para poder mantener objetivos imperativos como el pleno empleo o el aumento de los niveles de vida, claves en el pacto social de posguerra y determinantes en el desarrollo del modelo social europeo<sup>39</sup>. La principal consecuencia ha sido un progresivo aumento del malestar político paralelo a la pérdida de legitimidad del Estado ante sus ciudadanos y resultado de la creciente brecha entre lo que los políticos dicen que son capaces de hacer y lo que en realidad pueden hacer y que por supuesto, se ha trasladado a la Unión Europea<sup>40</sup>.

Según Jürgen Habermas<sup>41</sup>, el desapego intelectual y ciudadano hacia la *Europa oficial* se inició precisamente con la creación de la Unión Europea, tras la firma del

37. Vid. Paul KRUGMAN, *¡Acabad con esta crisis!*, Barcelona, Critica, 2012.

38. “The general crisis of the European Union. A genetic approach” en FOSSUM, y MENÉNDEZ, *The European Union in Crises or the European Union as Crises*,. pp. 211-244.

39. Vid. Ivan T. BEREND, *Europa desde 1980*, México, Fondo de Cultura Económica, 2013, pp. 235-266.

40. Esta situación contrasta con planteamientos revisionistas como los de John GILLINGHAM, que se han centrado en presentar la evolución de la integración europea y sus instituciones como obstáculos burocráticos para la economía de mercado, caricaturizándolas hasta el exceso al objeto de cuestionar el progreso experimentado por Europa tras la Segunda Guerra Mundial (*European Integration 1950–2003: Superstate or New Market Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003).

41. *¡Ay Europa!*, Madrid, Trotta, 2009, pp. 4-9.



Tratado de Maastricht para traducirse años después en la desaparición del *consenso permisivo* que hasta el momento había caracterizado al proyecto europeo<sup>42</sup>. Un consenso que –todo hay que decirlo– había beneficiado a las elites dirigentes en el diseño del modelo de Unión Europea y a las que ahora se comienzan a exigir responsabilidades en muy diferentes frentes<sup>43</sup>. El resultado es una crisis política estructural cuyo principal rasgo es una caída brutal de las expectativas de futuro de la ciudadanía europea y que es correlación directa del desmantelamiento del estado del Bienestar y que ha pasado del Estado-nación a las instituciones comunitarias.

Entre sus consecuencias –y de la mayor relevancia para el tema que nos ocupa– se halla la crítica retrospectiva a la deriva que se observa en la narrativa oficial de las instituciones comunitarias –sobre todo hacia cierto discurso que, visto con los ojos de hoy, puede haber contribuido a minar la confianza entre países, favoreciendo la fractura entre Norte y Sur de la Unión Europea y debilitando con ello uno de los pilares fundamentales de la construcción europea, el de la solidaridad. Una situación que se ha visto agravada en los últimos años al aumentar la percepción en amplios sectores de que mucho –o incluso todo– de ese relato europeo no era más que un *bello sueño*<sup>44</sup>, tras descubrir atónitos como una Unión Europea presa de egoísmos nacionales ha reaccionado lenta y torpemente ante la crisis económica, anteponiendo los intereses de los mercados a los de los ciudadanos y poniendo de relieve el fracaso parcial de esta otra utopía más reciente en nombre de la cual la construcción europea ha sido realizada: la prosperidad y el progreso social<sup>45</sup>.

Si desde finales de los años cincuenta hasta principios de los noventa, el proyecto de integración europea poseía la capacidad de englobar las peculiaridades nacionales o políticas que diferenciaban a los europeos, hoy esa cualidad no es tan evidente. Es más, parece perderse el hilo del relato al interrogarse sobre los resultados de seis décadas de construcción europea con el consiguiente impacto sobre las narrativas nacionales construidas desde 1945 en simbiosis con Europa<sup>46</sup>. Con diversos acentos, según países, aunque con semejantes niveles de intensidad, han ido desarrollándose unos debates, formulados progresivamente más en clave nacional que europea, en las agendas de investigación de los historiadores a partir de las conmemoraciones por el 50 Aniversario de los Tratados de Roma<sup>47</sup>. Primero vinculados a la crisis de confianza generada tras el fracaso de los referéndums en Francia y Holanda sobre el Tratado constitucional –y que se vincularon a la falta de un espacio

136

42. *Vid.* al respecto, Giandomenico MAJONE, “Integrazione europea, tecnocrazia e deficit democratico” *Osservatorio sull’Analisi d’Impatto della Regolazione*, <<http://www.osservatorioair.it>> (consultado 8-9-2014).

43. *Vid.* a pesar de su orientación netamente neoliberal el texto John GILLINGHAM, “A Theoretical Vacuum: European Integration and Historical Research Today” en *Journal of European Integration History*, vol. 14, n. 1 (2008) pp. 27-34.

44. Wolfram KAISER, “Narrating contemporary European history”, European Cultural Foundation, <<http://www.ecflabs.org>> (consultado 12-4-2013).

45. Al respecto *vid.*, por ejemplo, Jean PISANY-FERRY, *El despertar de los demonios. La crisis del euro y cómo salir de ella*, Barcelona, Antoni Bosch, 2012.

46. *Vid.* Vincent DELLA SALA, “Narrating Crisis and Decline in the EU”, *paper* presentado al *European Community Studies Association-Canada Conference*, Ottawa, 26-28 de abril de 2012, 14 pp. Aunque este autor considera que la crisis abre una posibilidad para crear una nueva narrativa capaz de generar la anhelada identidad europea.

47. DÜLFFER, “The Balance of Historiography...”, pp. 18-19.



público europeo<sup>48</sup> – y posteriormente unidas a ese malestar de fondo resultado de la crisis financiera que se inició en el verano de 2007 y que ha terminado por marcar nítidamente varias líneas de fractura y especialmente la divisoria entre vencedores y perdedores del proceso de integración.

Timothy Garton Ash afirmaba premonitoriamente que *Europa ha perdido su argumento*, aunque ciertamente eso tampoco significa que estemos retrocediendo a aquel *continente salvaje* de la inmediata posguerra<sup>49</sup>, al menos todavía: “Mientras celebramos el cumpleaños número cincuenta de la Comunidad Económica Europea, convertida en Unión Europea, Europa ya no se sabe qué relato quiere contar. Un relato político compartido sostuvo durante tres generaciones el proyecto de posguerra de la integración de Europa (Occidental) pero desde el fin de la guerra fría esa narración se ha desmoronado. Ahora, la mayoría de los europeos apenas saben de dónde venimos, tampoco compartimos una idea de hacia dónde queremos ir. No sabemos por qué tenemos una Unión Europea ni para qué sirve. Así pues, Europa necesita un nuevo relato con premura”<sup>50</sup>.

Esa pérdida de argumento ha afectado especialmente al ámbito de la legitimidad política en varias direcciones. Por un lado, ha puesto en cuestión la conocida tesis de Alan Millward<sup>51</sup>, al acentuarse la sensación de que lejos de fortalecerse el poder de cada uno de los Estados gracias a la acción conjunta, los ha disminuido políticamente, incluso a Francia, y sólo Alemania parece levantar cabeza en forma de nuevo *hegemon* posmoderno. Y es que en menos de cinco años ha cambiado radicalmente el guión: desde el Congreso de la Haya siempre se consideró que las cesiones de soberanía estatal irían hacia las instituciones europeas, no hacia los Estados más poderosos económicamente.

Por otro, ha puesto en evidencia que sesenta años de construcción institucional, política y económica de la Unión Europea no han conseguido articular y vertebrar una sociedad europea, ni forjar un discurso capaz de trascender los múltiples relatos nacionales europeos que por ende están en expansión<sup>52</sup>: los elementos nucleares de ese proyecto en construcción, en especial de su ciudadanía no se han consolidado e incluso debe reconocerse que están en regresión durante los últimos años. No le faltaba razón a Tony Judt cuando en 1995 escribía que el mito de Europa que se había creado sería un grave impedimento. no ya para resolver, sino para poder reconocer los problemas de la construcción europea: “Si vemos la Unión Europea como una solución para todo, invocando la palabra Europa como un mantra [...], un día nos daremos cuenta de que, lejos de resolver los problemas de nuestro continente, el mito de Europa se habrá convertido en un impedimento para reconocerlos”<sup>53</sup>.

48. Entre otros, *vid.* Eric DACHEUX (ed.), *L'Europe qui se construit, réflexions sur l'espace public européen*, Saint-Étienne, Université de Saint-Étienne, 2003, y, Jürgen HABERMAS, *La constitución europea*, Madrid, Trotta, 2012.

49. *Vid.* Keith LOWE, *Continente Salvaje. Europa después de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2012.

50. “El nuevo relato europeo”, en *Los hechos son subversivos. Ideas y personajes para una década sin nombre*, Barcelona, Tusquets, 2011, p. 157.

51. “History and theory” en *The European Rescue...* pp. 1-21.

52. Entre otros, *vid.* Justine LACROIX y Kalypso NICOLAÏDIS (eds.), *European Stories Intellectual Debates on Europe in National Contexts*, Oxford, Oxford University Press, 2010.

53. *¿Una gran ilusión? Un ensayo sobre Europa*, Madrid, Taurus, 2013, p. 152.



Un viejo adagio en torno a las enseñanzas de la unificación italiana afirmaba: *hemos hecho Italia, ahora tenemos que hacer italianos*. Hoy, después de que se hiciera realidad el euro, su crisis parece estar por el contrario deshaciendo europeos. Muchos ciudadanos que sentían entusiasmo por el proyecto europeo hace diez años están hoy regresando a airados estereotipos nacionales que creímos superados. Los resultados de las elecciones al Parlamento Europeo de mayo pasado son todo un ejemplo<sup>54</sup>.

En consecuencia, no puede sorprender la forma en que se ha extendido la percepción de que si la Unión Europea y el mismo proyecto que Europa dice representar quieren sobrevivir, necesitan de una nueva narrativa, precisan hilar una historia que, como afirman Kalypso Nicolaïdis y Janie Pélabay, nos explique *de dónde venimos y adónde vamos*<sup>55</sup>.

### Las instituciones europeas y las narrativas sobre Europa

Según Jean Pierre Rioux<sup>56</sup> –y son muchos los historiadores que piensan de forma análoga–, escribir la historia de Europa es una tarea que se ve complicada por la “Europa tecnocrática de Bruselas”, ya que induce a la prueba *a fortiori* de que no hay o hay poco espacio para una historia europea fuera de una historia militante y “bruselense”<sup>57</sup>. De hecho, la *historiografía oficial*<sup>58</sup>, ha interpretado cualquier política que fortaleciese el proceso de integración como un *avance*, sin considerar otros posibles efectos colaterales derivados de su desarrollo. La Política Agraria Común (PAC) nos proporciona un buen ejemplo de ello. Jan van der Harst sostiene en este sentido, que la creación de la PAC fue una contribución importante a la consolidación de las Comunidades Europeas ya que permitió que intereses divergentes de los Estados miembros se convirtieron casi milagrosamente en complementarios, y subraya como el

138

---

54. Vid. TEPESA REPORT. *The 2014 Ep Election Campaign in The Member States: National Debates, European Elections*  
<<http://www.realinstitutoelcano.org/wps/wcm/connect/2adab200445a56388839ad71c28b8853/TEPSA-Report-EP-election-campaigns.pdf?MOD=AJPERES&CACHEID=2adab200445a56388839ad71c28b8853>> (consultado 10-06-2014).

55. Kalypso NICOLAÏDIS, y Janai PÉLABAY, “One Union, one story? In praise of Europe’s narrative diversity”, en PHINNEMORE, David, y WARLEIGH-LACK, Alex (eds.), *Reflections on European integration: Fifty Years of the Treaty of Rome*, Basingstoke, Palgrave MacMillan, 2009, pp. 137 y ss.

56. “Le Séminaire européen de Blois”, *Vingtième Siècle. Revue d’Histoire*, n. 71 (2001), pp. 57-58.

57. Una circunstancia que se puede apreciar en la siguiente cita de Jean Baptiste DUROSELLE, entresacada de su historia de los pueblos de Europa, obra por cierto esponsorizada por la Comisión Europea: “(the) forty years that have passed since the end of the second World War represent an essential difference with respect to the preceding millennia [...]. For the first time in history, the governments of European countries have officially committed themselves to a ‘process of unification’ by means of a policy of mutual accord, rather than conquest and hegemony” (*Europe: a history of its peoples*, Londres, Viking, 1990, p. 409.)

58. La Comisión Europea ha financiado ambiciosos programas de investigación transnacionales como los desarrollados por el *Groupe de liason des Historiens auprès des Communautés* y entre ellos por citar alguno, el coordinado por el profesor René GIRAULT bajo el título genérico de “*Conscience et identité européen au XXè siècle*”, continuado por el “*Programme international de recherche sur les identités européennes au XXème siècle (diversités, convergences, solidarités)*”. Esta labor se ha desarrollado dentro de los Programas marco de investigación financiados por la UE -Cuarto a Séptimo Programas Marco, 1994 – 2009. Y actualmente por el programa Horizonte 2020 <<http://ec.europa.eu/programmes/horizon2020>> (consultado 4-11-2014).

efecto *spill over* derivado de su implementación coadyuvó a una profundización en la integración europea. Argumento que requiere alguna reflexión ya que, si bien es cierto que la PAC propicia el avance del proceso, no lo es menos que también tiene un importante impacto sobre los flujos del comercio mundial y unos enormes costes para el consumidor europeo.<sup>59</sup>

Pero más allá de la situación descrita, lo cierto es que parte de la narrativa sobre el proceso de construcción europea se halla en demasiadas ocasiones muy próxima al discurso oficial de las instituciones comunitarias que han desarrollado y difundido todo tipo de pequeños y grandes mitos<sup>60</sup>. Baste recordar en ese sentido, que la Unión Europea se ha presentado como parte del relato de la democratización, un proceso que avanzaría sin solución de continuidad de Aristóteles a Barroso, olvidando la misma fragilidad que históricamente ha caracterizado la construcción de la democracia en Europa en el siglo XX e ignorando muchas de las grandes cuestiones de nuestra organización política y social contemporánea<sup>61</sup>. Asimismo, ha servido como coartada institucional a intereses particulares al presentar las instituciones de la Unión Europea como resultado inevitable de un proceso histórico mediante el cual las instituciones nacionales están siendo sustituidas por otras de carácter supranacional y fundamento de un modelo europeo conformado en torno al Estado de bienestar, la justicia social y el respeto a la diversidad, o simplemente como coartadas de la desregulación y el fundamentalismo de mercado<sup>62</sup>.

No obstante, es de justicia reconocer los esfuerzos desarrollados a largo de la última década por diversas instituciones comprometidas en la tarea de superar esa retórica a partir de la elaboración de un relato europeo entendido como una historia común de los europeos, una nueva narrativa europea. Desde las investigaciones amparadas por la *European Cultural Foundation*<sup>63</sup> a los talleres organizados por el Consejo de Europa<sup>64</sup> para el debate y la discusión de temas centrales de la Historia de Europa, como por ejemplo la revolución industrial para su inclusión en los manuales escolares europeos más allá de las perspectivas nacionales, o la labor impulsada por la Casa de la Historia Europea<sup>65</sup> de Bruselas sobre métodos interactivos a partir de los



59. Desde un punto de vista global, también sería preciso considerar sus consecuencias para los ganaderos de Argentina, los productores de granos en Iowa o de banano en Ecuador, y que ciertamente no compartirán esta valoración sobre la PAC.

60. Vincent DELLA SALA, "Political Myth, Mythology and the European Union", *Journal of Common Market Studies*, n. 48 vol. 1 (2010), pp. 1-18.

61. En esta dirección y entre otros muchos, ANDERSON, *El nuevo viejo mundo* (en especial su segunda parte "El núcleo" pp. 149-360); Eric HOBBSBAWM, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1995, y Tony JUDT (con Timothy SNYDER), *Pensar el siglo XX*, Madrid, Taurus, 2005.

62. En su opinión, la UE se ha desviado de su objetivo original, crear una *European polity* (*europoliteia* en expresión de Philippe Schmitter) y se ha convertido en un proyecto neoliberal impulsado por el mercado que no traslada la auténtica dimensión de europeísmo. Esta disyuntiva entre retórica y realidad encubre la "hipocresía" mencionada en el título de su libro, a saber: la retórica de una Unión cada vez más próxima (SCHULZ-FORBERG y STRATH, *The Political History of European Integrations...*).

63. Sobre la *European Cultural Foundation* y sus actividades, *vid.* <<http://www.culturalfoundation.eu>> (consultado 5-10-2014).

64. Acerca de la labor del Consejo de Europa, *vid.* <<http://hub.coe.int>> (consultado 5-10-2014).

65. Sobre la *Maison de l'Histoire Européenne*, *vid.* <<http://www.europarl.europa.eu/visiting/es/visits/historyhouse.html>> (consultado 5-10-2014).

cuales articular y presentar una historia de los europeos a sus visitantes a partir de octubre de 2015.

En cualquier caso, estas iniciativas que pretenden generar tanto un cierto nivel de convergencia en el modo en que recordamos, individual y colectivamente, nuestro pasado como de acuerdo general sobre las bases de discusión de un futuro común, tampoco deben considerarse prácticas culturales inocentes, sino que resultan una práctica sumamente politizada cuyo objeto es sostener una particular posición *européa* en lo que el sociólogo Claus Leggewie calificó hace ya unos años como “el campo de batalla de la memoria europea”<sup>66</sup>. Pero, ¿cuáles son las razones que permiten explicar esa búsqueda institucional de una narrativa europea? En nuestra opinión, es necesario considerar dos experiencias contemporáneas vinculadas con la crisis del Estado-nación en Europa, pero también con una contracción de las pulsiones *eurocentristas*: el impacto del proceso de globalización y la búsqueda de legitimidad de las instituciones europeas.

En primer lugar, la globalización genera innumerables *perdedores* como consecuencia de cambios significativos en la relación del ciudadano con el Estado-nación, que van desde la ruptura de la composición relativamente homogénea de las poblaciones nacionales —es decir, la base prepolítica para la integración de los ciudadanos— a la pérdida de legitimación de soberanía, al observar cómo disminuyen su autonomía, su capacidad de acción y su sustancia democrática ante las interdependencias entre mercado, democracia y soberanía. Lo que se traduce en la necesidad de muchos ciudadanos de sentirse emocionalmente seguros en su identidad y que permite desde ciertos ámbitos políticos e institucionales canalizar una respuesta, evocando un pasado idealizado, apelando a la memoria colectiva y facilitando con ello el regreso de ciertos relatos de cariz nacionalista —y en ocasiones xenófobo— que se creyeron definitivamente desterrados<sup>67</sup>. Un ejemplo de esa resurrección de los grandes relatos nacionales puede observarse en los Países Bajos con el cambio de canon en la interpretación de los acontecimientos clave de la historia nacional o en Gran Bretaña, donde las propuestas no se han centrado tanto en los contenidos, sino en el método sobre la enseñanza de la historia en las escuelas<sup>68</sup>.

Pero también es preciso considerar la necesidad de ofrecer formas más inclusivas de recordar el pasado sin diluir la narrativa nacional en el océano de la globalización, parece encontrar en el significante “Europa” el potencial de servir como elemento aglutinador y suficientemente inclusivo, como un lugar intermedio para el desarrollo de nuevas narrativas que podría proporcionar todavía un cierto grado de orientación histórica y cultural en tiempos de cambio rápido<sup>69</sup>.

En segundo lugar, no puede ignorarse que la construcción de esa narrativa europea está a menudo motivada en el deseo más o menos explícito de fortalecer la legitimidad de la Unión Europea, y para ello se busca un cierto grado de convergencia y

---

66. “Seven circles of European memory”, en *Eurozine* <<http://www.eurozine.com>> (consultado 10-10-2014).

67. Robert HARMSSEN, y Menno SPIERING (eds.), *Eurocepticism: Party Politics, National Identity and European Integration*, Amsterdam, Editions Rodopi. 2004.

68. Vid. en ese sentido TAYLOR, *The End of European Integration...* pp. 156 y ss. Desde una perspectiva histórica más concreta vid. Richard DEWEY, *British national identity and opposition to membership of Europe, 1961-63: the anti-marketeers*, Manchester, Manchester University Press, 2009.

69. Kalypso NICOLAÏDIS y Janai PÉLABAY, “Comment raconter l’Europe tout en prenant la diversité narrative au sérieux?”, *Raison Publique*, n. 7 (2007), pp. 63-83.

consenso en la forma en que los europeos recuerden individual y colectivamente su pasado y articulen el debate de futuro sobre ese proyecto común que requiere toda sociedad y singularmente el conjunto de sociedades nacionales europeas<sup>70</sup>.

La necesidad de reforzar ese flanco se debe fundamentalmente al desgaste del consenso que caracterizó las primeras fases del proceso de integración ya que hoy, por expresarlo en términos de Zygmunt Bauman<sup>71</sup>, el *telos*, el aura metapolítica que tradicionalmente ha rodeado el proceso de integración, no basta. La estructura de la Europa política tal como ha estado siendo construida en las dos últimas décadas es para los ciudadanos demasiado lejana y abstracta, y la calidad de sus políticas tampoco parece suficiente como fuente de legitimación, ya que a las críticas surgidas desde los años setenta sobre los déficits democráticos existentes en las instituciones europeas y sus procesos de toma de decisiones, se ha unido a lo largo de última década un crecimiento desmedido de las desigualdades sociales que viene a cuestionar los beneficios económicos derivados del proceso de integración<sup>72</sup>. Si alguna vez hubo una visión de una Europa unida, ésta se está cayendo a pedazos por falta de apoyo de Gobiernos y ciudadanos, de pueblos y naciones. Los resentimientos y las sospechas respecto a los otros ponen de manifiesto el mismo problema: muy pocos piensan primero en sí mismos como europeos.

En consecuencia, la Unión Europea como organización política necesita de unas nuevas narrativas que le proporcionen un mejor anclaje dentro de una visión compartida de la historia y la cultura de Europa<sup>73</sup>, aunque esta visión, como afirma Benedict Anderson, probablemente no sea otra cosa que un nuevo intento por construir un imaginario basado en las ideas de cohesión histórica y cultura heredados del siglo XIX<sup>74</sup>. Pero quizás, el principal problema reside en los numerosos flancos débiles que comienzan a observarse en esas narrativas europeas<sup>75</sup>. En primer lugar, la crítica incide en la predisposición a presentar la construcción europea en su fase actual como el resultado inevitable de los cambios económicos y tecnológicos, algo así como una forma de progreso político que corre pareja a los adelantos materiales y se apoya sobre la convicción liberal forjada en torno a la idea de progreso para explicar la legitimidad de la Unión Europea de forma mecánica y ahistórica, ignorando otros elementos positivos




---

70. Al respecto, *vid.* los volúmenes de Justine LACROIX, y Ramona COMAN (eds.), *Les résistances à l'Europe: Cultures nationales, idéologies et stratégies d'acteurs*, Bruselas, Editions de l'Université de Bruxelles, 2007, y de Lacroix y Nicolaïdis, *European Stories*.

71. Prólogo a *Europa. Una aventura inacabada*, Madrid, Losada, 2006.

72. Tony JUDT, *Algo va mal*, Madrid, Taurus, 2011, pp. 185

73. Consciente de esta situación, y como una especie de legado de la presidencia de la Comisión Barroso, la Unión Europea ha publicado el pasado otoño el resultado de una experiencia piloto, comandada sobre todo por artistas plásticos e intelectuales, que reclama la cultura como eje sobre el que construir una nueva narrativa para Europa. En su manifiesto, se llama explícitamente a colaborar a artistas y científicos, educadores y periodistas, historiadores y sociólogos, y empresarios y funcionarios que estén preparados para ir más allá del confort de su torre de marfil para emprender nuevas responsabilidades con Europa como cuerpo político. *Cf. European Union, The mind and body of Europe: a new narrative*, Bruselas, European Union, 2014.

74. *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, México, Fondo Cultura Económica, 1993, pp. 22-24.

75. GILBERT, "Narrating the Process..." pp. 643-644.



como el reconocimiento y la protección de los derechos humanos y la negociación transnacional institucionalizada de las ideas y los intereses en su seno<sup>76</sup>.

En segundo lugar, los fenómenos de conflicto y hostilidad hacia la integración europea han sido generalmente mal estudiados<sup>77</sup>, dando una visión de ellos demasiado edulcorada y alejada de la realidad. Tienden a negar otras narrativas posibles justo cuando el *relato canónico* del proyecto europeo está siendo cuestionado tras perder a lo largo de la última década la construcción europea su aura de éxito. Es el caso del disenso existente a nivel de elites sobre la marcha del proceso de integración y cómo se han mantenido en estado de hibernación dentro del debate político las posiciones más heterodoxas<sup>78</sup>.

Asimismo, tienen tendencia al discurso único. Curiosamente, esos diferentes niveles de lectura sobre el proyecto europeo se hacen explícitos a partir del poso de decepción y amargura en relación con la expectativas generadas por el proceso de integración, lo que recurrentemente ha conducido a ciertos actores (individuales y colectivos) a dar la espalda, cuando no a negar, el proyecto europeo<sup>79</sup>. Por último, las resistencias a los procesos de europeización; la crítica y la contestación del proceso de integración, se encuentran también relacionadas con contextos más complejos como las mismas resistencias a las transformaciones económicas, políticas y sociales que se operan en Europa como consecuencia del proceso de integración en muy diferentes niveles nacionales, sectoriales o administrativos<sup>80</sup>.

En tercer lugar, negar los déficits de legitimación democrática, o al menos matizarlos en exceso. Esos déficits surgen cuando el conjunto de los implicados en la toma de decisiones democráticas no llega a coincidir con el conjunto de los que se ven afectados por éstas, ni tiene en cuenta como la legitimidad democrática se ve socavada cuando la creciente necesidad de coordinación, motivada por el aumento de la interdependencia, se cubre mediante acuerdos interestatales, dejando fuera de la narrativa cualquier elemento que cuestionase la lógica del *método Monnet*<sup>81</sup>.

Finalmente, no se tienen en cuenta que la narrativa de lo europeo presentada como objetivo y faro de actuación es un relato abocado a una profunda reformulación<sup>82</sup>. Y es que lo que nunca se contó –o no se explicitó lo suficiente en décadas transcurridas desde la *caída del Muro*– sobre ese relato es que fue una narrativa construida en mundo

142

---

76. John HORNE, “Une histoire à repenser” *Vingtième Siècle. Revue d’Histoire*, n. 71 (2001), pp. 67-72. Asimismo, interesa la lectura de “Entretien avec Pierre Gerbet”, realizada el 3 mayo de 2007 por A. DULPHY y Ch. MANIGAND en *Histoire@Politique. Politique, culture et société*. “Portraits et témoignages”, <<http://www.histoire-politique.fr>> (consultado 19-6- 2012).

77. Amandine CRESPIY, y Nicolas VERSCHUEREN, “From Euroscepticism to Resistance to European Integration: An Interdisciplinary Perspective”, en *Perspectives on European Politics and Society*, vol. 10, n. 3 (2009), pp. 373-396. Desde una perspectiva específicamente histórica DÜLFFER, “The History of European Integration...” pp. 17-32.

78. N. Piers LUDLOW, “Widening, Deepening and Opening”, en Loth, *Experiencing Europe...* pp. 33-44.

79. HARMSSEN y SPIERING, *Euroscepticism*.

80. Al respecto, *vid.* Kevin FEATHERSTONE y Claudio RADAELLI (eds.), *The Politics of Europeanization*, Oxford, Oxford University Press, 2003, y especialmente Martin CONWAY y Kiran Klaus PATEL (eds.), *Europeanization in the Twentieth Century. Historical Approaches*, Londres, Palgrave Macmillan, 2010.

81. Andrew M. MORAVCSIK, “In Defence of the Democratic Deficit: Reassessing Legitimacy in the European Union”, *Journal of Common Market Studies*, vol. 40, n. 4 (2002). pp. 193-214.

82. NICOLAÏDIS y PÉLABAY, “Comment raconter l’Europe”, pp. 63-83.

dominado por el conflicto bipolar con el objetivo de evitar una nueva guerra y de consolidar una cierta autonomía europea, y en ese contexto ciertamente tuvo un notable éxito. Sin embargo, el relato europeo de posguerra se adecúa mucho peor a la globalización, al cambio civilizatorio y al juego de múltiples poderes a escala planetaria y sus resultados necesariamente son mucho más mediocres.

En consecuencia, tampoco se ha valorado suficientemente la dinámica de cambio: el mundo ha cambiado de base, la segunda mitad del siglo XX preparó el camino, y resultó un periodo de cambios fundamentales y persistentes agudizados desde la finalización de la Guerra Fría<sup>83</sup>. No se trató, sin embargo, de un proceso de cambio único como en otras épocas, sino de una serie de cambios sucesivos que han afectado profundamente a instituciones, estructuras y sistemas. De hecho, las actitudes frente al cambio no fueron alteradas una, sino varias veces, y Europa ha asistido, con más resignación que esperanza, a la progresiva emergencia del mundo extraeuropeo al primer plano de la vida mundial. Lo que desde el Renacimiento ha sido una anomalía histórica, es decir, que una periférica península asiática, con menos del 20% de la población mundial, lograra dominar en lo político, en lo cultural y en lo económico al resto del planeta, parece estar llegando a su fin<sup>84</sup>.

Lo más inquietante, sin embargo, reside en que, si bien al proceso de construcción europea se le ha concedido un papel central tanto en la conformación del relato europeo como en las narrativas nacionales desde 1945, sus competencias y capacidades reales de actuación son difícilmente equiparables con ese rol. De hecho, la Unión Europea no es precisamente el resultado de un diseño político preciso, ni el ideal de una Europa unida tiene el potencial movilizador del socialismo o del nacionalismo<sup>85</sup>. Pero sobre todo, como nos recuerda Andrew Moravcsik<sup>86</sup>, el problema reside en que de las cinco grandes cuestiones en la agenda política de las democracias de Europa Occidental desde la conclusión de la Segunda Guerra Mundial (la prestación de atención sanitaria, la educación, la ley y el orden, las pensiones y la seguridad social, y la fiscalidad), ninguna es –ni ha sido tampoco– prioritariamente, competencia ni de la Comunidad ni de la Unión Europea, cuando son estos los problemas que ocupan el centro del debate político en Europa y alimentan la posibilidad de construir un espacio público europeo.<sup>87</sup>

## Coda

A lo largo de las últimas décadas la historia de la integración europea ha adquirido y desarrollado nuevos métodos y enfoques, definiendo nuevos campos de investigación –especialmente las aproximaciones a partir de historias comparadas en el espacio europeo– que trascienden la tradicional historia diplomática de la integración europea y rompen con ciertos reflejos deterministas de los historiadores económicos liberales, dando paso a una agenda de investigación con más peso de cuestiones

---

83. Para una visión de conjunto sobre el particular, *vid.* Juan Carlos PEREIRA, José Luis NEILA y Antonio MORENO JUSTE, *Atlas histórico de la Guerra Fría*, Madrid, Síntesis, 2013.

84. *Vid.* Niall FERGUSON, *Civilization: The West and the Rest*, Nueva York, Penguin Press, 2011.

85. ANDERSON, *El viejo nuevo mundo*. pp. 513-517.

86. “Le mythe du déficit démocratique européen”, *Raisons Politiques*, n. 10 (2003), pp. 87-105.

87. BARTOLINI, *Reestructuring Europe*, pp. 157-158.



socioculturales<sup>88</sup>. Los resultados han puesto de manifiesto no sólo sus objetivos –en buena medida, resolver algunos conflictos del pasado, bien de carácter interno entre clases, agentes sociales e ideologías políticas, bien de naturaleza internacional y que habían abocado en menos de un interciclo generacional a dos guerras devastadoras– o los condicionantes de unos proyectos que implicaban necesariamente cesiones de soberanía nacional a unas nuevas entidades supranacionales, sino también la naturaleza misma de unos modelos de transferencia de soberanía<sup>89</sup>, el conjunto de instrumentos en su desarrollo formulados<sup>90</sup> y las instituciones a las que han dado y que han transformado radicalmente la faz del Viejo Continente<sup>91</sup>. O dicho de otra manera, en términos historiográficos la integración europea aparece como una acción preñada de *pragmatismo intergubernamental*<sup>92</sup>, determinada por las ineludibles necesidades de unos debilitados Estados europeos<sup>93</sup>, coherente con una nueva concepción económica –esencialmente, adaptar el mundo exterior a las necesidades de abastecimiento productivo interno<sup>94</sup>– y, por supuesto, mediatizada en sus primeras fases por un contexto internacional caracterizado por la confrontación bipolar<sup>95</sup> y la relación trasatlántica y la globalización posteriormente<sup>96</sup>.

No obstante, si bien el avance es notable, es preciso destacar que persisten ciertos problemas. En primer lugar, aunque se ha roto con la primacía de los estudios desarrollados desde la perspectiva de la política exterior de cada uno de los Estados miembros, en líneas generales sigue caracterizándose hacia dentro por ser una

---

88. LOTH, “Explaining European Integration...” y Lorenzo MECCHI, “Formation of a European Society? Exploring Social and Cultural Dimensions”, en KAISER y VARSORI, *European Union History...* pp. 150-168.

89. Andrew MORAVCSIK, *The Choice for Europe. Social Purpose and State Power from Messina to Maastricht*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1999 (existe una reedición actualizada de 2005).

90. Por ejemplo, Wolfram KAISER y Jürgen ELVERT (eds.), *European Union Enlargement: A comparative History*, Londres, Routledge 2005.

91. Vid. Eric BUSSIÈRE et alii (dirs.), *La Commission européenne. Histoire et mémoires d’une institution*. 2 Vols. (Vol 1. 1958-1972 / Vol 2. 1973-1986). Luxemburgo, Office des publications de l’Union européenne, 2014.

92. Al respecto es interesante la lectura de Melissa PINE, “European integration: a meeting ground for history and political science?. A historical responds a Andrew Moravcsik”, en *Journal of European Integration History*, vol. 14, nº 1 (2008), pp: 87-104.

93. Vid. Desmond DINAN, “The EU as Efficient Policy,”, en ZIMMERMANN y DÜR, *Key Controversies...*, . pp. 33-40.

94. Alan S.MILLWARD, *The European Rescue of the Nation State* London, Rutledge, 2000 (ed. revisada y ampliada respecto a la de 1992). Para una perspectiva neoliberal, vid. GILLINGHAM, *European Integration*.

95. Vid. por ejemplo en *The Cambridge History of the Cold War* los volúmenes II y III, donde se encuentran los trabajos de Piers LUDLOW “European integration and the Cold War” pp. 179-197, y John W. YOUNG, “Western Europe and the end of the Cold War, 1979–1989” pp. 289-310 (Melvyn LEFFLER, y Odd Arne WESTAD (eds.), *The Cambridge History of the Cold War*, 3 vols., Cambridge, Cambridge University Press, 2010).

96. Entre otros, Geir LUNDESTAD, *The United States and Western Europe since 1945. From “Empire” by invitation to Transatlantic Drift*, Oxford, Oxford University Press, 2003; Mathias SCHULZ y Thomas SCHWARTZ (eds.), *The Strained Alliance: U.S.-European Relations from Nixon to Carter*, Nueva York, Cambridge University Press, 2009, y Kiran Klaus PATEL y Kenneth WEISBRODE (eds.), *European Integration and the Atlantic Community in the 1980s*, Nueva York, Cambridge University Press, 2013.

producción demasiado aislada, tanto temática como espacialmente y, hacia fuera, demasiado alejada del trabajo y el debate, tanto con otros especialistas en historia contemporánea de Europa como con investigadores procedentes de otras disciplinas, hasta fechas muy recientes<sup>97</sup>. En este sentido, debe entenderse el papel menor de las teorías procedentes de las Ciencias Sociales en las interpretaciones al uso del proceso de integración, y en especial las referidas a su origen y desarrollo<sup>98</sup>, ya que los historiadores han considerado que mucha parte de esas explicaciones tenían más que ver con las expectativas y las vías de desarrollo para una mayor integración que con una descripción empírica suficiente de lo que realmente había ocurrido. Quizás por ello se ha generalizado la sensación de que los historiadores no se han preocupado mucho por los modelos teóricos –sobre todo los procedentes de la Ciencia Política– de la misma manera que la historia ocupa en lugar marginal en las interpretaciones politológicas o sociológicas<sup>99</sup>.

En cualquier caso, una explicación hoy desde la historia del proceso de construcción europea exige considerar la tensión resultante entre concepciones tradicionales y nuevos problemas, y no olvidar que algunas de las lecturas más interesantes sobre la historia del tiempo presente se hallan en los signos de interrogación sobre símbolos, conceptos, interpretaciones y creencias que hasta hace apenas unos años dábamos por supuestas<sup>100</sup>. Dudas que han crecido en sintonía con la turbulencia, el conflicto y las deudas sobre nuestros propios marcos de referencia, y como consecuencia de la confusión respecto al presente y de la desorientación hacia el futuro.




---

97. N. Piers LUDLOW, “History aplenty: but still too isolated”, en Michelle EGAN, Neill NUGENT y William E. PATERSON, (eds.) *Research agendas in EU studies: stalking the elephant. Palgrave studies in European Union politics*, Hampshire, Palgrave-Macmillan, 2009. LSE Rsearch Online (diciembre 2012) <[http://eprints.lse.ac.uk/26370/1/\\_libfile\\_REPOSITORY\\_Content\\_Ludlow%2C%20P\\_History%20aplenty\\_History%20aplenty%20but%20still%20too%20isolated%20%28LSE%20RO%29.pdf](http://eprints.lse.ac.uk/26370/1/_libfile_REPOSITORY_Content_Ludlow%2C%20P_History%20aplenty_History%20aplenty%20but%20still%20too%20isolated%20%28LSE%20RO%29.pdf)> (consultado 1-11-2014).

98. Jan van der HARST, “Introduction. Theory and History”, *Journal of European Integration History*, n. 24 (2008), pp. 5-9.

99. No obstante, existen excepciones: Harmut MARHOLD aporta una visión integradora de estos elementos, en su opinión, el proceso de integración europea está inmerso en un triple contexto: el global de las superpotencias que se encargaron de garantizar la defensa y la seguridad, el nacional de cada Estado que se encarga de las políticas domésticas y el continental, representado por las Comunidades, que se ha ido encargando de áreas económicas cada vez más amplias; el proceso sólo avanza cuando la esfera continental hace coincidir sus intereses con alguna de las otras dos (“European Integration, seen from Historiography and Political Science”, *Ritsumeikan Law Review*, n. 28 (2011) pp. 203-219). Una interpretación, por cierto, muy en la línea de la propuesta de Dani RODRICK sobre el *trilema de la globalización*: democracia, mercado y soberanía (*La paradoja de la globalización. Democracia y el futuro de la economía mundial*, Barcelona, Antoni Bosch, 2011)

100. Un buen ejemplo de esta situación lo encontramos en el ensayo de Van MIDDELAAR, que dibuja tres Europas: la Europa de los Estados, la de los ciudadanos y la de las instituciones (despachos). Todas ellas tienen su papel en el proceso de integración, pero también generan una enorme complejidad al modelo de gobernanza multinivel de la Unión Europea, situación de la que derivarían muchos de los problemas actuales del proceso de integración (*El paso hacia Europa*),

Preguntas que con seguridad una generación anterior no hubiera ni tan sólo podido imaginar.<sup>101</sup>

Asimismo, y desde *le métier d'historien*, tan erróneo sería construir unos marcos neutros de interpretación de la historia de la integración europea como generar una narración destinada a restituir la ficción de una comunidad histórica de pertenencia que, posiblemente, y como tal, nunca haya existido, cuando lo cierto, es que continúa pendiente de resolver un problema básico, la reformulación de la historia de la integración europea en el sentido de una historia de la Europa integrada, no de la Europa soñada o la que debería ser, sino la que realmente existe. La búsqueda de unas señas de identidad comunes en el pasado, que expliquen el presente y puedan ayudar a diseñar el futuro de la Unión Europea, se encuentran detrás de las iniciativas y los esfuerzos de muchos grupos de historiadores desde finales de los años ochenta, pero el estudio del complejo pasado europeo requiere de una visión crítica que en muchas ocasiones encaja mal con una historia que resalte únicamente los aspectos positivos.<sup>102</sup>

En definitiva, la agenda de investigación de los historiadores también va modificando progresivamente sus enfoques y cambiando la orientación general. Si durante décadas los *European Studies* respondían en última instancia a la certeza liberal de que la construcción europea estaba condenada al éxito, hoy posiblemente la pregunta de base se encamina a interrogarnos por la causa si no de su fracaso, por supuesto, pero sí a intentar explicar cómo hemos devenido a la situación actual, cuales son las causas de sus problemas y de su no éxito hoy<sup>103</sup>. No obstante, este planteamiento lleva también implícito un riesgo: que olvidemos que la integración europea ha sido un factor de primer orden en el excepcional de progreso en la vida de los europeos en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Sin la construcción europea, con toda probabilidad Europa sería hoy menos pacífica, menos próspera y menos democrática.

146

---

101. Piénsese al respecto la forma en que se veía a Europa y su futuro a inicios de la década pasada con la llegada del euro, un momento al que Mark GILBERT caracterizó como de “EUphoria” en un capítulo de su breve historia de la integración europea (*European Integration: A Concise History*, Nueva York, Rowman & Luthefield, 2012, pp. 169-198). Los textos de esos años reflejan perfectamente esta posición, como en el caso del conocido libro de Jeremy RIFKIN anteriormente citado, o el de Mark LEONARD, miembro de un reputado *think tank* especializado en temas europeos (*¿Por qué Europa liderará el siglo XXI?*, Madrid, Taurus, 2005).

102. Esta situación se ha traduce hoy en la tendencia a matizar algunos de los logros del proceso de integración, por ejemplo, a reducir la incidencia de la creación del Mercado Común en la aceleración general del crecimiento económico en Europa –en torno a un 5% para el periodo 1957-2002– debido a la similitud de las estructuras productivas de las economías de los estados miembros; datos que son matizados por estudios más recientes que, con diferente metodología, cifran el impacto del proceso de integración en un 12% hasta el estallido de la crisis. Cf. Barry EICHENGREEN y Andrea BOLTHO, “The Economic Impact of European Integration”, en *Discussion Paper Series*, n. 6.820. Centre for Economic Policy Research (CEPR), Londres, mayo de 2008, <<http://www.cepr.org/pubs/dps/DP6820.asp>>, (consultado 10-09-2014), y de forma más atemperada el reciente trabajo de Nauro F. CAMPOS, Fabrizio CORICELLI y Luigi MORETTI, “Economic Growth and Political Integration: Estimating the Benefits from Membership in the European Union Using the Synthetic Counterfactuals Method”, en *Discussion Paper Series*, n. 8.162, *The Institute for the Study of Labor (IZA)*, Bonn, abril de 2014.

103. Un índice de estas cuestiones clave se encuentra en ZIMMERMANN y DÜR, *Key Controversies...*